X.

EL CRISTO, CABEZA DEL CUERPO MÍSTICO DE LA IGLESIA, PONTÍFICE DE LOS BIENES FUTUROS.

La Eucaristía, provee á una de las mayores necesidades de la humanidad: el Amor. Quedaba la segunda que satisfacer: la Verdad.

Estas dos necesidades, pervertidas en nosotros por nuestra desviacion de su objeto, van siempre en busca suya. Lo buscan en las criaturas ó en nosotros mismos; es decir, en lo que solo es su sombra; y nada demuestra mas claramente este grande y único Objeto que la decepcion de esta pesquisa. ¿Quién ha encontrado en el mundo un amor que satisfaga su corazon, ó una doctrina que satisfaga su inteligencia, que responda á todas nuestras exigencias, que realice todas nuestras ilusiones, que cumpla todas sus promesas, que dure tanto como nuestra alma y no nos deje suspirando? ¡Ah! por corta que sea esta vida, es todavía sobrado larga para semejante satisfaccion. Solo llevamos en ella lutos, lutos por lo que esperamos y no conseguimos, y lutos por lo que poseemos. ¡Qué es pues de la vida que no concluye, de esta vida, en que, de un instante á otro, podemos entrar por una puerta en la que lo dejamos forzosamente todo, inmortales sobrevivientes de esta gran ruina, y privados esta vez hasta de

toda sombra, y aun de toda ilusion de amor y de verdad, si no nos hemos provisto anticipadamente del Amor y de la Verdad misma!

¡Cosa estraña! nos quejamos de que el amor de Dios sea infinito y de qué su verdad nos supere en el Cristianismo, nosotros, que nos quejamos por otra parte de que nuestros amores sean finitos y de que sean limitados nuestros conocimientos! ¡Nos formamos dioses de arcilla, á quienes dotamos, con gran decepcion muestra, de la calidad de lo infinito; y cuando se nos ofrece lo infinito en el Dios verdadero, quisiéramos reducirlo á la dimension de estos falsos dioses que no nos satisfacen! ¿Pero qué otra cosa ponemos en estos sino lo que rechazamos en aquel, y además la falacia? El amor y la verdad hasta lo infinito es lo que pedimos, es lo que queremos, es lo que reclama nuestra naturaleza; y contradiciéndonos á nosotros mismos, hé aquí que cuando vienen á nosotros, somos como los mendigos que se quejarán de tener sobradas riquezas; preferimos buscar á poseer.

Los hombres antes del Cristianismo, escribia San Pablo á los Romanos, no tenian ya escusa de que, habiéndoles sido noticiado Dios por el conocimiento que de él nos dan sus criaturas, no lo glorificaron como Dios, sino que transfirieron el honor que le es debido, á las mismas criaturas que se lo daban á conocer, habiéndose en su consecuencia, deshonrado á sí mismos entregándose á todas las ignominias de sus pasiones. ¡Cuánto mas se puede decir esto de nosotros!

Porque al fin, los antiguos habian llegado á perder las huellas de la Verdad. Pero ¡con qué ardor no obstante la buscaban, y á veces se aproximaban á ella, volviendo atrás por las tradiciones, lanzándose adelante con el deseo y la esperanza, olfateando, si es lícito hablar así, por todos lados sus divinas emanaciones, é indicando con frecuencia sus huellas con rasgos de luz que confunden á nuestra infidelidad?

Por esto Dios, *compadeciéndose de estos tiempos de ignorancia*, como decia San Pablo á los Atenienses, vino una vez para siempre á fijar su Presencia real en medio de nosotros, á hacerse *Dios con nosotros*, por medio de dos grandes maravillas, en que, apartando los tupidos velos de la creacion, y no conservando mas que los que, templando su gloria, prueban nuestra fidelidad, responde de una manera inagotable á nuestro corazon como Amor, é infaliblemente á nuestro espíritu como Verdad: la Eucaristía y la Iglesia.

De la Iglesia, así como de la Eucaristía, ha dicho. «Héme aquí *á Mí mismo*; estoy con vosotros hasta la consumacion de los tiempos.» Y añade, entrando en estas dos Instituciones: «Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ellas.»

He dicho estas dos Instituciones junta no separadamente; puesto que dijo á los mismos Apóstoles, hablando de la Eucaristía! «Haced esto en memoria mia,» y asimismo; «Id y enseñad á todas las naciones, enseñandoles á observar todo cuanto os he mandado (1)».

Así pues, la Iglesia lo comprende todo: la doctrina como verdad, los preceptos como moral, los sacramentos como gracia: el Púlpito, el Tribunal, el Altar: á Jesucristo completamente.

¿Qué es en efecto, la Iglesia?

La Iglesia, como lo indica la etimología de esta palabra, es una *Sociedad* espiritual, única, en la multiple universalidad de las sociedades temporales.

Es un cuerpo, y una alma.

Es un cuerpo que se compone de todos sus adherentes como miembros, y de Jesucristo, como cabeza y corazon.

El género humano es un conjunto de cuerpos nacionales y sociales, en cada uno de los cuales puede distinguirse aun diversos cuerpos, tales como la magistratura, el ejército, etc;

(1) San Mateo, XXXVIII, 19, 20.

que se llaman tales, porque constituyen séres morales, todos cuyos miembros viven y funcionan con unidad de miras y de deberes naturales, por el objeto temporal á que se hallan consagrados. La Iglesia es tambien un cuerpo. Pero se diferencia eminentemente de todos los demás, en que sus miras son sobrenaturales, sus deberes espirituales y su objeto eterno, en que proviniéndole su vida esclusivamente de Jesucristo en ella, y en El de Dios, tiene por fin al mismo Dios: nuestra participacion por medio de su gracia, en su gloria y en su felicidad, á fin de que, como dice Jesucristo en su oracion á su Padre, «todos ellos sean uno, como tú, Padre, estás en mi, y yo en tí; á fin de que ellos tambien sean uno en nosotros (1).»

Este sublime y divino carácter de la vida de la Iglesia, misterioso como todo lo que es divino, es lo que ha hecho que se la llame *un cuerpo místico*, porque su cabeza y su lazo es Jesucristo, está en ella de un modo oculto y solo aparece por medio de su eficacia.

Cuando el Verbo eterno, Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre, tomó una humanidad individual, un cuerpo y una alma distintos, de que hizo su cuerpo y su alma, personificándolas. Hízose Dios Hombre visiblemente, como cada uno de nosotros es hombre. Esta fue una primera union con nuestra naturaleza, por la que el apareció históricamante, pero por cierto tiempo, por medio de enseñanzas, de ejemplos, de maravillas de sabiduría, de poder, y de bondad que no verificaron cambio alguno profundo á su alrededor, ni aun en sus Apóstoles.

Esto consistió en que solo estaba allí el gérmen de su obra. Esta obra necesitaba su muerte para consumarse. Así lo decia el mismo en una de aquellas imágenes cuya natural sencillez recobra su profundidad sobrenatural. «En verdad, en verdad

(1) San Juan, XVII, 21.

»os digo, que si el grano de trigo, cayendo en tierra, no muere, »permanece solo; pero si muere, produce mucho fruto (1).»

Esta muerte del grano celestial, semilla de Dios hecho hombre, era pues necesaria para germinar en la humanidad. Ella nos abria, en efecto, el tesoro general de las gracias, obrando nuestra redencion, y ponia á la víctima en estado de realizar estas otras palabras. «Cuando sea elevado del suelo, lo atraeré todo á mi (2).»

Pero todavía era necesario que pusiera su fecundidad en relacion con nuestra esterilidad, y que se sembrará en el mundo. Porque, por poderosa que sea la fecundidad de Jesucristo, como no debia obrar en naturalezas inertes, sino libres, y no puramente espirituales, sino sensibles, era preciso que se adaptará á la humanidad por medio de un procedimiento análogo.

Para este efecto, creó la Iglesia, en quien puso su divino Espíritu, su Verdad, su Amor, sus Gracias, á Sí mismo enteramente, para que ella fuese como su Sementera universal y perpetua en el mundo.

Y entonces, el *hecho* vino á justificar todas las palabras en sí mismas tan formales de la Institucion, sin que fuera posible insinuar en ellas ningun equívoco. Los Apóstoles, primeros instrumentos de la propagacion de Jesucristo, no obstante sus enseñanzas, no obstante su muerte, su resurreccion y su ascencion, permanecian siendo estériles; no eran por sí mismos fecundos; Jesucristo no producia aun nada y parecia haber abortado toda la obra, hasta el dia asignado por él en que el soplo y la llama de su divino Espíritu, cayendo sobre su sagrado colegio, fue á los primeros á quienes transformo y puso en accion, esa accion primera de la Iglesia que vemos en los *Actos de los Apóstoles* que Rousseau ha llamado exacta-

(1) San Juan, XII, 24, 25.
(2) San Juan XII, 32.

mente una *historia de prodigios*, que prueba á un tiempo mismo é indivisiblemente, con la prueba mas autentica y mas indiscutible que hubo jamás, á JESUCRISTO Y Á SU IGLESIA. Para manifestar esta, Jesucristo obró mas por ella que habia obrado por sí mismo.

Sabido es lo demás, y que, sin interrupcion ni variacion, ha continuado la obra como habia principiado, que la Iglesia no ha cesado de existir y de funcionar, desde hace veinte siglos hasta ahora, lo mismo que en el primer dia, y que en esta misma hora, despues de haberlo desgastado todo, ella no se gasta, es indefectible, santa, infalible, indestructible, sin mancha, sin doblez, sosteniendo el asalto con todas las potencias del mal coaligadas contra ella, y arrojando en todas direcciones, hasta las estremidades del mundo, la semilla de Jesucristo.

Por ello Jesucristo, que no era al principio mas que el grano, ha llegado á ser la mies y ¡qué mies! mies de luz, de santidad, de gloria, cuyo campo es el mundo, cuyas garbas son los escogidos, cuya granja es el cielo.

No tenia en un principio mas que una humanidad; pero por medio de la Iglesia se ha incorporado á la humanidad. Digo la humanidad; la humanidad libre, sin duda, de resistir á su vocacion y que no puede menos de perderse fuera de El, pero que, en El solo y por El solo, llega á su verdadera vida y á su verdadero destino; lo verdadero, el Bien, lo Bello, lo que ella quiere, lo que busca; Dios mismo. De esta suerte recluta de todo el género humano, y se lo asimila, para asimilarlo á Dios, todas las almas que hubo en el, que hay y que habrá en la sucesion de los tiempos, que lo quieren y no lo hubieran jamás podido conseguir sin El; todas las que precedieron á su venida, así como todas las que han sido ó serán despues.

Este es el cuerpo místico de Jesucristo, de que es él la Ca-

beza, el Adam. Esta es la Iglesia, que comprende, de esta suerte, lo mejor de la humanidad de todos los tiempos y lugares por la fé esplícita ó implícita en Jesucristo, á proporcion de la fidelidad con que corresponde á su luz y á su atractivo; á proporcion que es afectado ó conmovido por ellos. De esta suerte marcha á través de los tiempos, incorporándose todos los escogidos, formándolos en todas las pruebas de este mundo, que solo se verifican para ellos, y engendrándolos á la vida que no tiene fin. Figuraos á todos los justos antes y despues de Jesucristo, pero en vista de El á los Patriarcas, los Profetas, los Justos, los espectantes, todos los creyentes fieles á la tradiccion y á la promesa en todos los pueblos; despues, á los Apóstoles, los Confesores, los Mártires, las Vírgenes, los Pontífices, y esas miriadas de almas santas conocidas ó desconocidas que nadie podria numerar, de todas las naciones y tríbus y pueblos y lenguas, en pié ante el trono y ante el Cordero, habiendo venido todas de la gran tribulacion á la eterna felicidad: hé aquí la *Iglesia triunfante*. Figuraos despues á todos aquellos que segun la fé universal del género humano, *no siendo indignos de curacion*, como dice Platon, acaban de purgar en un mundo transitorio la mancha que contrajeron en la tierra: Esta es la *Iglesia paciente*. Y por último, representaos á todos los que sostienen en la tierra el buen combate de la justicia y de la verdad: esta es la *Iglesia militante*. Y no constituyendo estos tres estados mas que un solo cuerpo, de que Jesucristo es el Gefe generador triunfante, espiante ó militante en todos sus miembros; esta es la Iglesia, la Unica, la Gran Iglesia.

Jesucristo es, por tanto, el gran Pontífice y el gran Mediador de la Alianza de Dios con los hombres y con toda la creacion; pacificando todas las cosas en el cielo y en la tierra por medio de su sangre, siendo á un mismo tiempo Víctima y Pontífice Sacrificador, para obrar la Redencion eterna, abrirnos con los méritos de su muerte el tesoro de los bienes futuros y hacernos llegar á ellos por su Iglesia.

Por ello tambien es Jesucristo Señor y Rey: Soberano universal, sin distincion de justos y de réprobos, quiérasele ó no se le quiera. Toda criatura en efecto, siendo *llamada* á su fin celestial, Cristo tiene este fin, en cuanto que, como Príncipe tiene jurisdiccion sobre toda criatura, y su Iglesia igualmente; porque; ¿cómo habia de formar los escogidos para el cielo, si no tuviera el derecho de sacarlos de todos los que son llamados en la tierra? Por este título solo de *llamados*, todos dependen de su maternal Autoridad.

La Iglesia no es así tan solo el Cuerpo místico de Jesucristo, en consideracion á los bienes futuros; sino que es, por el trabajo que reclama este fin, el Alma de los bienes presentes. Como no nos hace llegar á los primeros sino por las verdades y las virtudes que nos elevan á ellos, es el aroma generador y conservador de los segundos por estas mismas verdades y virtudes.

La Iglesia de Jesucristo en una palabra, es como la forma social de Dios en la historia, dando ella misma su forma á las sociedades en el tiempo, formando los Escogidos para la sociedad celestial con Dios en la eternidad.